

del siglo en curso ha proseguido la fecunda labor de la primera, dando la preferencia al estudio de temas concretos de interés local, forma la más sana y útil de regionalismo, que consiste en estudiarse y conocerse para aportar al acervo común de la Patria grande cuanto concierne a la vida pasada, presente y futura de la Patria chica.

Yo veo con gozo en el estudio de nuestros asuntos y de los que se relacionan con la potencia de España, la expresión del cariño que a ella y a Menorca profesan nuestros escritores.

En este concepto hemos de celebrar que D. Pedro Ripoll dedique a los temas menorquines frecuentes crónicas en «La Almudaina» de Palma, relacionándonos con la capital de la Provincia con merísimo celo que hemos de agradecer en lo mucho que valé.

L. Lafuente Vanrell

Música

En el juicio acerca de la penúltima década no otorgamos beligerancia al divino arte; apenas si en el epílogo (a mi cargo) deslicé unas pocas consideraciones sobre la decadencia que, como natural efecto de la difusión y abuso del *género chico*, se notaba en esta población.

Esa importancia tan secundaria que intuitivamente suele darse a la Música, cuando se analiza el estado cultural de un pueblo en determinada época, proviene de que no se ha infiltrado aun en nuestros hábitos de ciudadanía el conceptuarla y clasificarla entre los medios educativos más trascendentales en el aspecto moral.

No me refiero, precisamente, a la enseñanza de la técnica musical: no todos, sino el menor número, nacen con vocación y constancia para ella. Me refiero a la formación del gusto

que—sabido es—no se consigue sólo con la técnica, sino oyendo con devoción y repetidamente las inspiraciones del genio.

Es claro que el progreso de la técnica va aparejado con el de la afición del público a la buena música, porque donde no hay ejecutantes dejan de interpretarse las obras selectas, y donde el público no siente la buena música, pierde aliciente el engorroso aprendizaje de la técnica.

Los menorquines, así como tenemos fama de limpios, sin serlo—en la moderna acepción de la palabra—tenemos, o nos damos, también fama de músicos, estando a gran distancia del merecimiento, de tal calificativo.

No diré que de natural carezcamos de aptitud para esta bella arte; al contrario: creo que mejor sentimos la música que la poesía, la pintura y la escultura, y mucho más que la arquitectura. Pero en la calidad somos poco o nada escrupulosos, consecuencia, indudablemente, de la ineducación del sentimiento artístico.

Cantamos, por regla general, como deben de cantar los salvajes; nuestro folklore musical es detestable: su melopeya sabe a melaza. ¿Quién es capaz de resistir sin vértigos el *glosal* de nuestros campesinos?

Sería pretender demasiado la aspiración a que nuestra música popular emulase los corales rusos, escandinavos, etc. Pero esas importadas melodías dulzonas, de pésimo gusto, que uno y otro año se cantan por calles y talleres, debieran ser reemplazadas por canciones y coros escogidos que, si más difíciles de ejecutar, una vez aprendidos constituyen la delicia de cantantes y auditorio.

Tanto como en las medidas sanitarias, hace falta aquí una *higiene* de la música; tanto como en la protección de animales y plantas, hace falta una *Protectora* que combata lo ramplón existente, introduciendo, en su lugar, género a la vez agradable y adecuado a la aptitud indígena.

La pianola y el fonógrafo han contribuido no poco en la pa-

sada década a la educación musical de todas las clases sociales. Principalmente el fonógrafo, o gramófono, se ha hecho en muchas viviendas artículo de primera necesidad; y aunque se oyen amenudo discos de mal gusto, queda compensado con superabundancia el perjuicio merced a la divulgación y vulgarización de las piezas de canto e instrumentales que ejecutan los grandes artistas y las más célebres bandas del mundo. Así es que en la vencida década más bien se nota una reacción en favor de la música de ópera italiana, a pesar de que no hayamos podido volver, ni es nada probable que volvamos, a aquellos tiempos en que dicho género lírico acaparaba todos los años el Teatro Principal desde el Octubre, lo más tarde el Noviembre, hasta el último día de Carnestolendas.

No la ópera solamente, sino todas las representaciones teatrales son hoy casi insostenibles en poblaciones como la nuestra. Las obras modernas requieren de ordinario más personal que el antiguo repertorio, y las gabelas que pesan sobre la taquilla se llevan buena tajada de los ingresos, so pena de vivir a salto de mata, defraudando a la Sociedad de Autores y a la Hacienda.

Como el público se ha avezado ya a pagar superiores precios, tal vez hubieran podido las empresas teatrales hacer frente a los mayores gastos. Pero la entronización del Cine, con poder incontrastable, ha cerrado los horizontes a toda esperanza. El cine es, por ahora, el cardinal enemigo de la música; y digo *por ahora* porque, según confío demostrar en otro lugar, la cópula del cine y del fonógrafo, perfeccionados, permitirá en el porvenir a los pequeños centros de población gozar de la belleza del melodrama, plenamente y en proporciones jamás imaginadas por nuestros predecesores.

Otra circunstancia digna de nota, peculiar también de la última década, es que lo perdido en cantidad se ha compensado algo por la calidad: las compañías que, casi siempre por pocos días, han desfilado por nuestro coliseo en los últimos

años valían, en conjunto y en detalle, bastante más que las antiguamente contratadas para toda la temporada de invierno. Eso proviene, a mi entender, de que la poca demanda mundial del género lírico-dramático ha dado margen a una selección: artistas como muchos de los que aquí hemos aplaudido, después de apreciado su arte en varias audiciones, hoy sucumbirían en el estreno por sus defectos vocales. La exigencia del público se comprende también por la subida de los precios.

Muchos aficionados prefieren esto a lo otro, y tal vez nosotros nos sumaríamos a los que así piensan, dando preferencia a la calidad sobre la cantidad, si se constituyese y prosperase una *filarmónica* que mantuviera en actividad, por medio de subvenciones y conciertos, una nutrida y perfeccionada orquesta, sin la cual es imposible el buen desempeño de cualquier obra, por pocas que sean las dificultades y por inmejorables que resulten los cantantes.

Téngase, además, en cuenta que mientras tal aspiración no se lleve a la práctica y no se disponga, también con permanencia, de un buen coro de mujeres, no hay que pensar en estrenos de obras célebres que llevan ya años de existencia, algunas bastante antiguas. Nuestro Principal ha cumplido los cien años sin conocer el *D. Juan* de Mozart, el *Orfeo* de Glück, el *Otelo* de Rossini, *Don Carlos* de Verdi, la *Muta di Portici* de Auber, *Manon Lescaut* de Massenet; y no hablemos del *Mefistofele* de Boito, de la *Damnation* de Berlioz, de *Salomé* de Strauss; y sobre todo del inmenso Wagner, cuya producción, genuinamente wagneriana, es ignorada en absoluto por nuestro Teatro, pues que el *Lohengrin*, única representada, pertenece a la primitiva escuela del coloso.

La medida de lo que aquí podría conseguirse nos la han dado en el finido año, de manera brillantísima, personas de esta localidad ajenas en absoluto a la profesión artística. Por la iniciativa de la casa Coda se representó *Cavallería rusticana*, y por la del Ateneo se ha representado *Aida*, resultando

conjuntos, especialmente el último, como jamás se oyeron en nuestra ciudad.

Pero eso es *flor de un día*, para caer de nuevo en la inacción que es la muerte de la orquesta y la disgregación de la masa coral femenina, tan difícil de organizar.

Para cantar como los salvajes, para berrear insulsas melodías por esas calles o hacer primores en el *glosat*, no hace falta esfuerzo alguno. Pero, si se quiere que la música escénica cuente aquí como elemento de cultura, el esfuerzo de quienes lo quieren ha de ser gigante. Y de eso convendría se persuadiera el Ayuntamiento, animado, según leí, de buenos propósitos, los cuales no tengo noticia de que hayan pasado por ahora a vías de hecho; sino que, por el contrario, se suprimió en 1919 la única escuela municipal de solfeo que existía desde fecha muy remota. (*)

Si la Ciudad fuese bastante populosa y opulenta para contratar amenudo buenas compañías, con todos los elementos indispensables, así como orquestas sinfónicas y concertistas de música *di camera*, pensaríamos que si no lo hacían los del país, lo harían cantantes e instrumentistas de fuera. Desgraciadamente, podemos estar bien convencidos de que, si queremos música, hay que crearla aquí, con elementos indígenas: al cabo de los años mil vuelven las aguas do solían ir; y nosotros hemos de volver (en cuanto al personal artístico) a los tiempos de principios del pasado siglo en que, no sólo la orquesta y el coro, si que también los artistas eran mahoneses. Por eso, cuando no por otros varios motivos, merece sinceramente plácemes el Director de la REVISTA, D. Francisco Hernández Sanz, quien ha tenido el acierto de festejar el centenario de la ópera italiana en Mahón con la publicación de un libro bien documentado, donde aparecen, además de numerosas y amenas efemérides, los elencos de las compañías que actua-

(*) El Ateneo ha intentado por dos veces, en 1913 y 1916, sin resultados positivos, arraigar en nuestro mismo local una Academia gratuita de solfeo y canto para niños y jóvenes de ambos sexos.

ron en nuestro coliseo desde 1817 y la serie cronológica de las óperas en él representadas, que se elevan a la respetable cifra de 117. El mérito definitivo de esta nueva producción del Sr. Hernández es que se lee por los *amateurs* con saludable nostalgia; y mucho es que se añore lo perdido, para que la voluntad se decida a recuperarlo.

El Ateneo, a raíz de su fundación, comprendió ya que la obra de cultura general había de ejercerse sobre la música, como una de sus principales ramas. De aquí que, desde el primer momento de su vida, dirigiera sus esfuerzos a familiarizar al auditorio con las variadas obras del arte clásico, alma mater del inmenso caudal cuyo goce es hoy asequible a todos. Extraímos la música *di camera* del salón recóndito, donde era profesada en secreto, cual los misterios de Isis, por unos pocos aficionados, y la llevamos a los públicos no preparados, proporcionándoles de primera intención no pocas sesiones de tremendo hastío. Nuestra constancia no diré que haya vencido, pero sí que en la última década, y singularmente en el año que acaba de espirar, nótase creciente inclinación de los espíritus a sumergirse en las divinas armonías.

Decaría de injusto si no consignara (a trueque de disgustar al amigo) que el factor principal de lo conseguido es el ateneísta D. Jaime Albertí Moncada: él alcanzó la constitución en 1916 del Grupo Filarmónico, y su persistente trabajo, siempre anónimo, lo ha llevado al rango de primer orden que actualmente goza como hijuela del Ateneo. El maestro Bellísimo (Director artístico de los conciertos ateneístas) los Seguí, Arguimbau, Soler, Orfila, el malogrado Palliser, todos son mercedores de nuestra gratitud por la obra cultural realizada.

Merced a los primitivos conciertos del Ateneo, pero sobre todo a los que lleva celebrados el Grupo Filarmónico, en número de 60, son conocidos en nuestra ciudad todos los autores célebres, antiguos y modernos, y todos los géneros de la producción lírica mundial.

Claro que en esta obra de cultura llevan también partici-

pación muy laudable el Orfeón mahonés (cobijado desde el año 1912 en el Ateneo y dirigido actualmente por el profesor D. José Villalonga) y el gran número de señoras y señoritas que en el canto y al piano nos han honrado con sus méritos. El mero intento de mencionarlas, como también a los ateneístas ejecutantes, daría a este trabajo, de pura síntesis, una extensión que me está vedada. Únicamente con la buena voluntad de todos era posible llevar a cabo los grandes conciertos que en la última década ha podido celebrar el Ateneo fuera de su domicilio, ejecutándose, entre otras magnas obras, la cantata bíblica *Cena de los Apóstoles*, de Wagner, el *Stabat Mater*, de Rossini, la *Gallia*, de Gounod, las *Siete Palabras* (para canto y orquesta) de Haydn, y como digno remate, la mencionada ópera *Aida*, representación justamente encomiada por propios y extraños.

Y termino este trabajo, omitiendo por falta de espacio muchas cosas que dirá quien vea el final de la nueva década.

Un recuerdo para los concertistas de fuera de la Isla que han desfilado por nuestro palco escénico en los últimos diez años, de todos los cuales conserva el Ateneo afectuosa memoria: el *Cuarteto Español* (del cual forma parte nuestro paisano Domingo Taltavull) en 1911, año en que obtuvo el primer premio del certamen nacional; la violinista Emilia Frassinesi y el guitarrista Jerónimo Fuster en 1915; el violoncellista Ricart Mata y su señora madre en 1917; el pianista Torrandell en el mismo año; y en 1920 el violinista Mario Mateo con Federico Longás que de muy niño hizo su estreno en nuestro salón de actos.

Ellos—los concertistas—recorriendo el mundo con su exquisito arte, son los propagadores de las obras maestras y los grandes educadores, por tanto, del sentimiento estético.

Que la nueva década nos permita en este campo mayores empresas.

Pedro Ballester